LOS TRES CERDITOS

Había una vez tres hermanos cerditos que vivían en el bosque. Como el malvado lobo siempre los estaba persiguiendo para comérselos dijo un día el mayor:

- Tenemos que hacer una casa para protegernos del lobo. Así podremos escondernos dentro de ella cada vez que el lobo aparezca por aquí.

A los otros dos les pareció muy buena idea, pero no se ponían de acuerdo respecto a qué material utilizar. Al final, y para no discutir, decidieron que cada uno la hiciera de lo que quisiese.

El más pequeño optó por utilizar paja, para no tardar mucho y poder irse a jugar después.

El mediano prefirió construirla de madera, que era más resistente que la paja y tampoco le llevaría mucho tiempo hacerla. Pero el mayor pensó que aunque tardará más que sus hermanos, lo mejor era hacer una casa resistente y fuerte con ladrillos.

- Además así podré hacer una chimenea con la que calentarme en invierno, pensó el cerdito.

Cuando los tres acabaron sus casas se metieron cada uno en la suya y entonces apareció por ahí el malvado lobo. Se dirigió a la de paja y llamó a la puerta:

- Anda cerdito se bueno y déjame entrar...
- ¡No! ¡Eso ni pensarlo!
- ¡Pues soplaré y soplaré y la casita derribaré!

Y el lobo empezó a soplar y a estornudar, la débil casa acabó viniéndose abajo. Pero el cerdito echó a correr y se refugió en la casa de su hermano mediano, que estaba hecha de madera.

- Vamos, cerditos, sean buenos y déjenme entrar...
- ¡No! ¡Eso ni pensarlo!, dijeron los dos
- ¡Pues soplaré y soplaré y la casita derribaré!

El lobo empezó a soplar y a estornudar y aunque esta vez tuvo que hacer más esfuerzos para derribar la casa, al final la madera acabó cediendo y los cerditos salieron corriendo en dirección hacia la casa de su hermano mayor.

El lobo estaba cada vez más hambriento así que sopló y sopló con todas sus fuerzas, pero esta vez no tenía nada que hacer porque la casa no se movía ni siquiera un poco. Dentro los cerditos celebraban la resistencia de la casa de su hermano y cantaban alegres por haberse librado del lobo.

Fuera el lobo continuaba soplando en vano, cada vez más enfadado. Hasta que decidió parar para descansar y entonces reparó en que la casa tenía una chimenea.

- ¡Ja! ¡Pensaban que de mí iban a librarse! ¡Subiré por la chimenea y me los comeré a los tres!

Pero los cerditos le oyeron, y para darle su merecido llenaron la chimenea de leña y pusieron al fuego un gran caldero con agua.

Así cuando el lobo cayó por la chimenea el agua estaba hirviendo y se pegó tal quemazo que salió gritando de la casa y no volvió a comer cerditos en una larga temporada.

CUENTOS

¿Qué es un cuento?

Un cuento es un texto narrativo breve que desarrolla una trama con pocos personajes en un momento y espacio determinados. Puede transmitirse de forma oral o escrita, y generalmente está escrito en prosa.

Partes del cuento

Un cuento se caracteriza por mantener la siguiente estructura:

Introducción. Describe el contexto y la normalidad del comienzo, y presenta a los personajes. Suele brindar toda la información necesaria para comprender la historia y debe ser entretenida o interesante para captar la atención del lector. Además, indica el tono del cuento, es decir, si es serio, cómico, sentimental, entre otros. Por ejemplo, en la introducción de “Los tres cerditos”, se relata cómo los tres protagonistas viven tranquilamente y se mudan solos. Como en el bosque hay muchos peligros, construyen sus casas: uno la hace de paja; otro, de madera, y el último, de ladrillos.

Desarrollo o nudo. Narra uno o varios eventos que complican la trama, producen tensión y rompen con el contexto de la introducción. El conflicto suele ser externo al personaje principal, porque es producido por un hecho o contexto desfavorables, o por las acciones de un personaje que se le enfrenta (denominado “antagonista”). Por ejemplo, aparece el lobo, el antagonista de los cerditos, y derrumba soplando la casa de paja del primer cerdito, quien corre hasta la casa de madera de su hermano. Luego, el lobo también derriba esta casa de la misma forma, y los dos cerditos corren hasta la casa de ladrillos.

Desenlace o final. Relata la resolución del conflicto planteado en el desarrollo y retoma la normalidad de la introducción o presenta una nueva normalidad. Puede ser feliz, triste, imprevisible, ambiguo o abierto, e incluir una enseñanza o moraleja. Por ejemplo, el lobo no puede derribar la casa de ladrillos y, así, los tres cerditos vencen a su enemigo.

El título del cuento: Es el nombre del cuento que sirve para identificarlo y para orientar al lector respecto al tema, el personaje o la situación que se desarrollará en el relato. Además, se emplea para producir interés o guiar al lector sobre cómo se debe interpretar la historia. Por ejemplo, el título "Los tres cerditos" indica quiénes son los protagonistas del relato.

Elementos del cuento

Todo cuento tiene los siguientes elementos:

Personajes. Son quienes realizan las acciones de la historia y pueden estar representados por personas, animales, objetos, entre otros. Además, se clasifican en personajes principales (en los que se centra la trama), secundarios (los que aparecen en reiteradas ocasiones) o terciarios (de menor importancia, que aparecen una o muy pocas veces).

Narrador. Es quien da a conocer la historia y todos sus detalles. Puede contar la historia de diferentes maneras, desde el lugar del protagonista (en primera persona), desde el lugar de un testigo (en primera persona) o desde un lugar omnisciente (que conoce cada detalle de lo sucedido y lo narra de manera objetiva, en tercera persona).

Trama. Es la sucesión de acciones que llevan a cabo los personajes. Estas suelen ocurrir en un determinado tiempo y lugar, y le dan curso al cuento, desde los enredos hasta la develación de la historia.

Atmósfera. Es el clima que adquiere la historia, que puede ser de tensión, placer, temor, familiaridad, entre otros. Está asociada con el ambiente en el que ocurren las acciones y con las emociones que pueda generar en el lector.

Tiempo. Es la duración de la historia, que puede ser de tan solo unas pocas horas, días o años. Además, el paso del tiempo condiciona o altera el rol de los personajes.

EL GANSO DE ORO (cuento de los hermanos Grimm)

Había una vez un hombre que tenía tres hijos. Al más joven de los tres lo llamaban Tontín, y era despreciado, burlado, y dejado de lado en cada ocasión.

Un día, quiso el hijo mayor ir al bosque a cortar leña, su madre le dio una deliciosa torta de huevo y una botella de leche para que no pasara hambre ni sed. Al llegar al bosque se encontró con un hombrecillo de pelo gris y muy viejo que lo saludó cortésmente y le dijo:

— Por favor dame un trozo de torta y un sorbo de tu leche, pues estoy hambriento y sediento.

—Si te doy pastel y leche, me quedaré sin qué comer —respondió el hijo mayor—. Y dejó plantado al hombrecillo para seguir su camino. Pero cuando comenzó a talar un árbol, dio un golpe equivocado y se lastimó el brazo con el hacha, por lo que tuvo que regresar a casa. Con ese golpe, pagó por su comportamiento con el hombrecillo.

A continuación, partió el segundo hijo al bosque y como al mayor, su madre le dio una deliciosa torta y una botella de leche. También le salió al paso el hombrecillo gris y le pidió un trocito de torta y un sorbo de leche. El segundo hijo le contestó con desprecio:

—Si te doy, me quedo sin qué comer—. Sin más, dejó al hombrecillo y siguió su camino hacia el árbol más frondoso. El castigo no se hizo esperar; no había dado más que unos pocos hachazos, cuando se golpeó la pierna y tuvo que regresar a casa.

En ese momento, dijo Tontín: —Padre, déjame ir a cortar leña.

El padre contestó: —Tus hermanos se han hecho daño, así que déjalo ya. Tú no entiendes nada de esto.

Pero Tontín insistió tanto, que finalmente el padre dijo: —Anda, ve; ya aprenderás a fuerza de golpes.

La madre le dio una torta que había hecho con agua y harina y una botella de leche agria. Cuando llegó al bosque, se tropezó con el viejo hombrecillo gris que lo saludó y le dijo:

— Por favor dame un trozo de torta y un trago de tu botella, pues tengo mucha hambre y sed.

Tontín le respondió: —Sólo tengo una torta de harina y leche agria, pero si te apetece, sentémonos y comamos.

Los dos hombres comieron y bebieron y luego dijo el hombrecillo:

—Como tienes buen corazón y te gusta compartir, te voy a hacer un regalo. Allí hay un árbol viejo, córtalo y encontrarás algo en la raíz. Dicho esto, el hombrecillo se despidió.

Tontín se dirigió hacia el árbol, lo taló y cuando este cayó, encontró en la raíz un gran ganso que tenía las plumas de oro puro. Lo sacó de allí, llevándoselo consigo y se dirigió a una posada para pasar la noche. El posadero tenía tres hijas que, al ver el ganso, sintieron curiosidad por conocer qué clase de ave maravillosa era aquella. La mayor pensó: «Ya tendré ocasión de arrancarle una pluma.» Tan pronto Tontín había salido, tomó al ganso por un ala, pero el dedo y la mano se le quedaron allí pegados. Poco después llegó la segunda, que no tenía otro pensamiento que arrancar una pluma de oro; pero apenas tocó a su hermana, se quedó pegada a ella. Finalmente llegó la tercera con las mismas intenciones. Entonces gritaron las dos hermanas:

—¡No te acerques, por tu bien, no te acerques!

Pero ella no entendió por qué no tenía que acercarse y pensó: «Si ellas están ahí, también puedo estarlo yo», y se acercó dando saltos; pero apenas había tocado a su hermana se quedó pegada a ella. Así que tuvieron que pasar la noche pegadas al ganso.

A la mañana siguiente Tontín tomó el ganso en brazos sin preocuparse de las tres jóvenes que estaban pegadas. Ellas tuvieron que correr detrás de él, a la derecha o a la izquierda, según se le ocurriera ir.

En medio del campo se encontraron con el cura y, cuando este vio el cortejo, dijo:

—¿Pero no les da vergüenza muchachas, seguir así a un joven por el campo? ¿Creen que eso está bien?

Con estas palabras, tomó a la más joven de la mano con el fin de separarla, pero se quedó igualmente pegado y tuvo que correr también detrás. Poco después llegó el sacristán y vio al señor cura seguir a las jóvenes. Se asombró y gritó:

—¡Ay, señor cura! ¿Adónde va con tanta prisa? No olvide que hoy todavía tenemos un bautizo.

Se dirigió hacia él y lo tomó del abrigo, quedando también allí pegado. Iban los cinco corriendo uno tras otro, cuando se aproximaron dos campesinos con sus azadones. El cura los llamó y les pidió que lo liberaran a él y al sacristán. Pero apenas habían tocado al sacristán, se quedaron allí pegados y de ese modo ya eran siete los que corrían tras Tontín y el ganso.

Pronto llegaron a una ciudad, donde el rey que gobernaba tenía una hija que era tan seria que nadie podía hacerla reír. Para ese entonces él había firmado una ley diciendo que el hombre que fuera capaz de hacerla reír podía casarse con ella. Cuando Tontín escuchó esto, fue con su ganso y todo su tren de seguidores ante la hija del rey. Tan pronto ella vio a las siete personas correr sin cesar, uno detrás del otro, de aquí para allá, comenzó a reír a carcajadas. Tontín se ganó el corazón de la princesa al haberle devuelto su risa. Los dos se casaron y fueron felices para siempre.

LOS MÚSICOS DE BREMEN

Érase una vez, un burro que por ser viejo y tener la espalda rota, era maltratado por su dueño. Cansado de tanta crueldad, decidió huir hacia un pueblo llamado Bremen. Con su rebuzno fino y elegante, de seguro se convertiría en el músico del pueblo.

Mientras iba por el camino, el burro se encontró con un perro flaco cubierto de llagas.

—Ven conmigo si tienes un buen ladrido —dijo el burro —. Me dirijo a Bremen para hacerme músico. También encontrarás un trabajo. ¡Sólo espera y verás!

El perro partió feliz con el burro. Un poco más tarde, un gato callejero que ya no podía atrapar ratones se unió a ellos con la esperanza de que sus maullidos lo hicieran músico en Bremen y así ganarse el sustento.

Cuando pasaron por un corral, los tres se detuvieron a admirar a un gallo anciano que, con las alas extendidas, cantaba con todas sus fuerzas.

—Cantas muy bien —le dijo el burro—. ¿Por qué estás tan feliz?

—¿Feliz? —murmuró el gallo con lágrimas en los ojos—. Como soy viejo, mi dueña quiere ponerme en la olla y hacer sopa conmigo. Hoy estoy cantando tan fuerte como puedo, porque mañana me iré.

Entonces el burro le dijo:

— Huye con nosotros. Con un cacareo como el tuyo, ¡serás famoso en Bremen!

El gallo aceptó encantado y ahora había cuatro de ellos. El camino era largo y caía la noche. Después de un par de horas, se encontraban en un espeso bosque sin saber si debían continuar o esconderse en alguna cueva para descansar.

De repente, se toparon con una cabaña. El burro puso sus pezuñas delanteras sobre la ventana. Ansioso de ver, el perro saltó sobre la espalda del burro, el gato trepó sobre perro y el gallo voló y se sentó encima de la cabeza del gato para observar lo que estaba pasando adentro.

Resulta que la cabaña era el escondite de unos bandidos que estaban ocupados celebrando su último robo. El burro y sus amigos se emocionaron cuando a través de la ventana, vieron una mesa repleta de comida. Justo en ese momento, la espalda del burro cedió ante el peso de sus tres amigos y todos cayeron menos el gallo.
El gallo voló por la ventana, su aleteo apagó la única vela encendida. La habitación se llenó de oscuridad y ruido: los rebuznos del burro adolorido, los ladridos del perro y los maullidos del gato. El gallo cacareó junto con los demás. Los bandidos tomados por sorpresa huyeron hacia el bosque gritando:
—¡Auxilio! ¡Socorro! Este lugar está habitado por fantasmas.
La comida abandonada en la mesa terminó en los estómagos de los cuatro amigos.
Más tarde, cuando el burro y sus compañeros se estaban quedando dormidos, uno de los bandidos regresó sigilosamente a la cabaña para averiguar qué había sucedido. Todavía asustado, abrió la puerta y se dirigió a la cocina.
La cocina estaba a oscuras, el bandido con la vela apagada en la mano, confundió el brillo de los ojos del gato con carbones encendidos. Cuando quiso prender la vela, el gato le arañó la cara. El hombre cayó de espaldas sobre el perro y los afilados dientes del animal se hundieron en su pierna. El burro vio la figura del bandido en la oscuridad y al instante le dio una patada que lo envió volando a través de la puerta. El gallo, sentado en el tejado, celebró esta hazaña con su alegre quiquiriquí.
—¡Corran! —gritó el hombre a los otros bandidos—. ¡Corran! Una horrible bruja me arañó la cara, un fantasma me mordió la pierna, un monstruo me golpeó con un palo y en el tejado vive un juez que decía: “Tráiganme a ese ladrón aquí.”
Fue así como el burro, el perro, el gato y el gallo vivieron felices para siempre en la cabaña. Con el botín que dejaron los bandidos les sobraba comida en la mesa.

LOS DESEOS RIDÍCULOS (Charles Perrault)
Érase un pobre leñador, tan cansado de su vida que, según se cuenta, no encontraba en ella más que desdicha. Cierto día fue al bosque a trabajar y como de costumbre, comenzó a quejarse de su suerte. En ese momento se apareció Júpiter con el rayo en la mano y le dijo exasperado:
—¿Qué puedo darte para que dejes de quejarte?
Tan grande fue el espanto del leñador que dijo:
—Nada quiero; nada deseo.
—No tengas miedo, respondió Júpiter. Tantas son tus quejas que quiero ayudarte. No olvides mis palabras: verás realizados tus tres primeros deseos, sea lo que fuere lo que desees. Elige lo que pueda hacerte dichoso y dejarte completamente satisfecho, y como tu felicidad de ti depende, reflexiona bien antes de formular tus deseos.
Pronunciadas estas palabras, Júpiter desapareció. El leñador, loco de contento, cargó los leños al hombro; nunca antes su carga había sido tan ligera. Dándole alas a la alegría, volvió a su casa, diciéndose mientras tanto:
—He de reflexionar mucho antes de pedir un deseo. El caso es importante y quiero tomar consejo de mi mujer.
En cuanto entró a su cabaña, gritó:
—Mujercita mía, enciende una buena lumbre y prepara abundante cena pues somos ricos, pero muy ricos; y tanta es nuestra dicha que todos nuestros deseos se verán realizados.
Al oír estas palabras, la mujer comenzó a hacer castillos en el aire, pero luego dijo a su marido:
—Cuidado con que nuestra impaciencia nos perjudique. Procedamos con calma y consultemos antes con la almohada, que es buena consejera.
—Lo mismo opino, pero no perdamos la cena y trae algo de tomar.
Cenaron, bebieron, y sentados al calor de la lumbre, el leñador exclamó, apoyándose con fuerza en el respaldo de su silla:
—¡Ajajá! Con este fuego nos hace falta una vara de salchicha. ¡Cuánto me gustaría tenerla al alcance de mi mano!
Apenas hubo pronunciado estas palabras, su mujer vio con gran sorpresa salir de la chimenea una salchicha muy larga. Lanzó un grito de espanto, pero al darse cuenta de que la aventura era debida al ridículo deseo formulado por su marido, se enojó con él y no paró de regañarlo:
—Hubiéramos podido tener oro, perlas, diamantes, trajes elegantes — añadió—, y eres tan necio que se te ha ocurrido desear semejante cosa.

—Silencio mujer; reconozco mi falta y procuraré enmendarla.
—Es necesario no tener inteligencia para hacer lo que has hecho —dijo la mujer sin medir sus palabras.
Tanta fue la insistencia de la mujer que el hombre perdió la calma. Como a pesar de sus súplicas ella no se callaba, exclamó furioso:
—¡Desdichada salchicha que te ha desatado la lengua; así te colgara de la nariz para que te callaras!
Dicho y hecho, la salchicha quedó colgada de la nariz de la esposa del leñador.
Cumplido el deseo, la mujer se quedó muda de asombro y el leñador con la boca abierta y rascándose el cogote. Ambos quedaron en silencio, hasta que la mujer murmuró:
—¿Qué haremos?
—Sólo falta formular el tercer deseo —respondió el leñador—. Puedo transformarme en rey, pero ¿qué reina vas a ser tú con tres palmos de nariz? Elige, mujer: o reina con esa nariz más larga que una semana sin pan o esposa de un leñador con una nariz como la que tenías.
Mucho discutieron antes de resolver, pero como su mirada no podía apartarse de la salchicha y a cada gesto se movía como rama a impulsos del huracán. Prefirió la mujer quedarse sin trono y tener la nariz de antes; y formulado el deseo por el leñador, su mujer volvió a quedar como estaba, lo que no fue obstáculo para que se llevase la mano a la cara para convencerse de que la salchicha había desaparecido.
El leñador no cambió de posición, no se convirtió en un gran potentado, no llenó de tesoros su bolsa y, sin embargo, se sintió muy dichoso empleando el último de los tres deseos en devolver a su esposa la nariz que antes tenía.

EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR (Hans Christian Andersen)
Esta es la historia de un emperador que se creía dios. Tenía tanto poder que siempre hacía lo que se le antojaba. Y lo que más le gustaba era gastar muchísima plata en ropa.
Tanto es así que cada día se ponía un traje distinto. Y cuando se quedaba sin opciones, recibía en el palacio a los mejores diseñadores de todo el mundo y se hacía confeccionar prendas a medida.
Hasta que un día, quién sabe cómo, en lugar de un diseñador de renombre apareció un buscavidas que fingía hablar un idioma exótico, y convenció al emperador de que era el mejor diseñador de Oriente.
El emperador le creyó. Entonces el falso diseñador le dijo que tenía para ofrecerle una prenda única: un traje que no se había puesto todavía ningún rey de Occidente, y que tenía una virtud excepcional: era un traje confeccionado con una tela exquisita que solamente podía ser vista por personas inteligentes. Es decir: el que no veía el traje era un estúpido.
El emperador quedó extasiado. El traje era la herramienta perfecta para detectar a los idiotas de su entorno. «Quiero doce trajes, uno por mes» dijo, y pagó una fortuna por adelantado.
El diseñador se llevó la plata y mandó a decir que estaban importando la materia prima: unas telas que, cortadas con maestría, marcarían un antes y un después en la historia de la moda.
Pasaron dos semanas y el emperador, muy ansioso, quiso ver el primer traje. Pero como tenía miedo de que pasara lo peor (es decir: no poder ver el traje y quedar en ridículo), mandó a su jefe de Gabinete a la casa del diseñador. Cuando el diseñador abrió el ropero y le mostró el traje, el jefe de gabinete no vio nada, y tuvo que disimular para no quedar como un estúpido.
«¡Qué hermosura!», dijo. «¡Que no sean doce trajes, que sean cincuenta y dos, uno por semana!».
El Gobierno pagó un montón más de dinero y el falso diseñador se hizo rico. Hasta que unos días después, más ansioso que nunca, el emperador mandó de nuevo a su jefe de Gabinete para ver cómo iban los cincuenta y dos trajes.
Cuando el hombre vio el ropero, otra vez vacío, se deshizo en elogios y decidió que el emperador debía tener trescientos sesenta y cinco trajes, uno por día. Y los mandó a confeccionar.
Los trajes mágicos tenían en vilo a todo el pueblo. Y el emperador se moría de ganas de ponerse el primer modelo. Así que aprovechó el día de la independencia y se hizo traer uno de los trajes.
Cuando le mostraron la prenda, al emperador le dolió la panza. «¿No es una maravilla?», le preguntó el jefe de gabinete. El emperador tragó saliva, porque no veía ningún traje. Buscó con la mirada al diseñador, que sonriente le dijo: «Es un traje increíble, de un género muy liviano, como si fuese una tela de araña… ¡Pruébeselo, emperador! Quizás le parezca que no lleva nada, ¡pero esa es justamente la gran virtud de esta tela!».
Acorralado por el diseñador y el jefe de gabinete, el emperador se sacó la ropa despacio y empezó a ponerse el traje nuevo. A ciegas, porque no veía ni tocaba nada. «Increíble, emperador», le dijo el jefe de gabinete, «es hora de lucir esto en la calle. El pueblo lo está esperando».

Lo más resuelto que pudo, el emperador salió a la calle y se enfrentó a un pueblo que, descolocado, vio a un hombre viejo y algo fofo con la piel colgando, aunque (para no quedar como estúpidos) todos intentaron disimular.
«¡Qué lindo traje!», decían los hombres. «Qué bien cosido», murmuraban las señoras. Hasta que, en medio de la multitud, un nene colorado se soltó de la mano del papá y, señalando la entrepierna del mandatario, gritó: «¡El emperador está en bolas!».
El jefe de gabinete se quedó blanco. Dos soldados miraron al nene con estupor y se acercaron para apresarlo. Entonces el nene colorado dijo: «¡Pero si todos lo están viendo! Tiene un huevo más alto que el otro». Y entonces los soldados, como despertando de un letargo, empezaron a decir: «Es verdad, tiene un huevo más alto». Y el rumor se convirtió en un murmullo, el pueblo empezó a gritar: «¡El emperador está desnudo!».
Y aunque el emperador siempre había pensado que el pueblo nunca tiene razón, por las dudas se tapó los dos huevos con las manos y se metió en el palacio. Al día siguiente, echó a su jefe de gabinete y contrató al nene colorado, porque fue el único que le dijo la verdad.

EL GIGANTE EGOÍSTA (Oscar Wilde)
Todas las tardes, a la salida de la escuela, los niños iban a jugar al jardín del gigante. Este era un gran jardín encantador, cubierto de un césped suave y verde. Por aquí y por allá, había hermosas flores como estrellas, y melocotoneros que en la primavera estallaban en delicadas flores de color rosa y en otoño daban ricos frutos. Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban con dulzura.
Un día, después de siete años de ausencia, el gigante regresó y encontró a los niños jugando en su jardín.
—¿Qué hacen aquí? —gritó con voz áspera. Y los niños salieron corriendo.
— Mi jardín es mi jardín—dijo el gigante—. No voy a permitir que nadie más que yo juegue en él.
Entonces construyó un muro alto alrededor del jardín y puso un letrero enorme que decía:
“Se prohíbe la entrada. Quien no cumpla será castigado ”.
Él era un gigante muy egoísta.
Los pobres niños ahora no tenían dónde jugar. Intentaron jugar en la carretera, pero la carretera estaba muy polvorienta y llena de piedras y no les gustó. A menudo se reunían frente al muro a recordar el hermoso jardín oculto.
Luego llegó la primavera, y en todo el país había coloridas flores y pajaritos. Sin embargo, en el jardín del gigante egoísta todavía era invierno. Como no había niños, los pájaros no cantaban y los árboles se olvidaron de florecer. Solo una vez una flor se asomó entre el césped, pero apenas vio el cartel, se sintió tan triste por los niños que volvió a meterse bajo tierra para quedarse dormida.
Los únicos que se sentían a gusto en el jardín eran la nieve y la escarcha:
—La primavera se olvidó de este jardín —dijeron—, así que nos quedaremos aquí el resto del año.
La nieve cubrió el césped con su manto blanco, y la escarcha pintó de plateado los árboles. Enseguida invitaron a su triste amigo, el viento del norte, para que pasara con ellos el resto de la temporada.
Con el viento del norte llegó el granizo y el invierno del jardín se hizo aún más blanco y frío.
-No puedo comprender cómo la primavera tarda tanto en llegar — decía el gigante egoísta, al asomarse a la ventana—. Espero que pronto cambie el tiempo.
Pero la primavera no llegó, y tampoco el verano. El otoño dio dorados frutos a todos los jardines, pero al jardín del gigante no le dio ninguno.
Siempre fue invierno en la casa del gigante.
Una mañana, el gigante estaba en la cama todavía cuando escuchó una música muy hermosa. Era un pequeño jilguero cantando afuera de su ventana.
—Creo que la primavera ha llegado por fin —dijo el gigante, y saltó de la cama para correr a la ventana. ¿Y qué crees que vio?
Él vio algo maravilloso. Los niños habían entrado al jardín a través de un pequeño agujero en la pared. Los árboles estaban tan contentos de tener a los niños de nuevo que se habían cubierto de flores. Los pájaros volaban y cantaban con deleite, y las flores se asomaban entre el verde césped y reían. Era una escena encantadora.
—¡Qué egoísta he sido! —dijo el gigante —Ahora sé por qué aquí nunca llegó la primavera. Derribaré la pared, y mi jardín será de los niños por los siglos de los siglos. El gigante se sentía realmente avergonzado de su egoísmo, así que tomó su hacha y derribó el muro.
Si algún día pasaras por el hermoso jardín, leerías un enorme cartel que dice:

Mantén el amor en tu corazón, una vida sin él es como un jardín sin sol…
Y también encontrarías a un gigante jugando con los niños en el lugar más hermoso que hayas visto en tu vida.

EL PRÍNCIPE FELIZ (Oscar Wilde)

En el punto más alto de una ciudad, a la vista de todos, estaba la estatua del Príncipe Feliz: una obra recubierta de oro fino, con un zafiro en cada ojo y un rubí incrustado en la punta de la espada. Todos estaban deslumbrados con esa presencia: «¡Cerrá la boca y portáte como el Príncipe Feliz!», les decían las madres a sus hijos.

Hasta que un día llegó una golondrina y se posó sobre la estatua. Su bandada la había dejado atrás porque se había distraído con un junco (era una go-londrina enamoradiza) y ahora, rezagada del grupo, tenía que buscar refugio y pasar la noche.

Pero justo cuando estaba ahí, sobre la estatua, sin-tió unas gotas que le caían sobre la cabeza. «¿Está lloviendo?», se preguntó. Pero no: las gotas eran del príncipe, que estaba llorando.

La golondrina miró a la estatua y le dijo. «¿Vos quién sos?». Y la estatua contestó: «Yo soy el Príncipe feliz». «¿Y por qué llorás?», le preguntó.

«Porque cuando estaba vivo yo bailaba y hacía fies-tas en mi palacio, separado del resto del mundo por una muralla altísima. Me llamaban el Príncipe Feliz porque claro, la verdad que yo de joda y era muy fe-liz. Pero ahora que me convirtieron en estatua y me trajeron acá arriba, puedo ver las miserias de mi gen-te, y aunque mi corazón sea de plomo, lloro igual».

La golondrina entró en shock, no tanto por el relato del príncipe, como por el dato de que el corazón no era de oro. Ya no era tan buen partido, pensó, pero igual siguió escuchando porque tenía que pasar la noche.

«¿Sabés qué veo todos los días?», siguió el príncipe. «A una viejita que cose vestidos lujosos para las da-mas de la corte, y que al lado tiene un hijo enfermo al que no puede atender porque tiene que trabajar. ¿No podrías llevarle vos el rubí que hay en el puño de mi espada?».

La golondrina trató de zafar y le dijo que sus ami-gas la esperaban en el sepulcro del Gran Rey de Egip-to, pero al final se conmovió con la tristeza del prínci-pe y accedió a hacer de mensajera. Fue a lo de la vieja, volvió y se tiró a dormir porque al día siguiente tenía que irse con las chicas.

Pero a la mañana, justo cuando estaba por irse, el Príncipe le pidió un nuevo favor. En otro lugar de la ciudad veía a un joven desplomado sobre una mesa lle-na de papeles. Tenía que terminar una obra de teatro, pero tenía tanto hambre y frío que no podía ni pensar. «¿No le llevás uno de mis ojos de zafiro?», pidió.

«¡Te vas a quedar tuerto!», le dijo la golondrina, es-pantada. Pero vio al príncipe tan resuelto que aceptó. Lo mismo hizo al día siguiente, cuando el príncipe quiso sacarse el otro ojo para dárselo a una nena po-bre. Con la diferencia de que esa última vez la golon-drina volvió y dijo que ya no se iría de viaje porque no quería dejarlo ciego y solo.

Y así fue. Desde el día siguiente, posada sobre su hombro, por pedido del príncipe la golondrina se de-dicó a contarle la pobreza que había en la ciudad. Hasta que el príncipe, sobrepasado por el panorama, le pidió a la golondrina que le arrancara el oro fino de la piel y se lo diera a su pueblo.

La golondrina obedeció, y el Príncipe Feliz se que-dó desollado de cara al comienzo del invierno, que llegó con nieve y hielo.

Por suerte, ahora todos en la ciudad estaban bien provistos para eso. Los únicos que se estaban con-gelando eran el Príncipe Feliz y la golondrina, que amaba demasiado al príncipe y ya no quería dejarlo. Hasta que un día, sintiendo que ya estaba por mo-rirse, la golondrina buscó la mano del príncipe para darle un beso de despedida. Después de ese beso, fi-nalmente, la golondrina cayó muerta a sus pies. Y en ese instante, algo crujió en la estatua —habrá sido el frío— y el príncipe se partió en dos.

A la mañana siguiente, la gente no daba crédito a lo que veía. «El Príncipe Feliz parece un pordiosero», dijo un concejal. «Saquen esa paloma reseca que los chicos van y tocan todo», dijo alguna madre. «Si no es bello para qué nos sirve», dijo un profesor.

Así que derribaron la estatua y la fundieron para hacer con el metal el busto de un político. En eso estaban, viendo a quién hacerle el busto, cuando el encargado de la fundición notó que el corazón de plomo no se derretía.

«Listo: se tira», dijo un funcionario. Y eso hicieron: tiraron al contenedor el corazón del príncipe, junto a la golondrina muerta. Y sin darse cuenta lograron que en la basura, finalmente, se reuniera lo único her-moso que quedaba en ese pueblo.

EL RUISEÑOR Y LA ROSA (Oscar Wilde)

Había una vez un joven estudiante, un muchacho muy culto, que había invitado a la chica más linda del pueblo al baile de fin de año. Pero la chica le puso una condición. Le dijo que aceptaba ir con él si lle-vaba una rosa roja en el vestido. Era una condición caprichosa, pero el estudiante estaba tan enamorado que no le importó. Y salió a buscar una rosa roja.

Buscó primero en el jardín de su casa: no había. Después buscó en los jardines de los vecinos, y tam-poco encontró. Y cuando se cansó de buscar por todo el pueblo se puso a llorar, debajo de un árbol de su jardín. «Me voy a perder la oportunidad más impor-tante de mi vida por no encontrar una rosa roja en ningún lado», decía, desmoralizado.

No tenía la menor idea de que, en una de las ramas del árbol, había un pequeño pájaro, un ruiseñor, que lo observaba con un asombro extraordinario, mien-tras pensaba: «Por fin veo un enamorado de verdad. Hasta hoy siempre le canté a los enamorados sin co-nocer a ninguno, y ahora aparece este acá, y es her-moso», dijo. Y decidió ayudarlo.

Desplegó sus alas y voló hasta un rosal hermoso que crecía a la salida del pueblo. Le dijo al rosal: «Si me regalás una rosa roja te canto la canción más dulce del mundo». Pero el rosal dijo: «Mis rosas son blan-cas, querido, como la espuma del mar, pero andá ver a mi hermano, el que está la entrada del parque mu-nicipal, él te va a dar lo que querés».

El ruiseñor le agradeció y se fue volando hasta el rosal que crecía a la entrada del parque, y cuando se detuvo frente a él le pidió una rosa roja a cambio de la canción más hermosa del mundo. Pero el rosal le dijo: «¿Pero no ves? Mis rosas son amarillas como la yema del huevo. Pero andá a ver a mi cuñado, el que crece justo debajo de la ventana del estudiante. Estoy seguro que vas a tener más suerte que conmigo».

Y entonces el ruiseñor voló hasta el rosal que cre-cía bajo de la ventana del estudiante, y le pidió lo mismo que a los otros: una rosa roja a cambio de la canción más hermosa del mundo. «Viniste al lu-gar correcto», dijo el rosal. «Mis rosas son rojas, es verdad. Pero el invierno me congeló las venas y la escarcha me heló los capullos y no tengo rosas este año, lo lamento».

El ruiseñor bajó la vista con tristeza. El rosal lo miró de reojo y después de una pausa, dijo: «Bueno, hay una forma de conseguir una rosa roja… Pero es tan terrible que ni me animo a decirte». El ruiseñor no lo dudó y le pidió que le dijera cómo, sin miedo.

El rosal dijo: «Si cantás toda la noche para mí con el pecho apoyado en mi espina más punzante, y dejás que poco a poco la espina te atraviese el corazón, la sangre que salga de tu cuerpo va a correr por mi tallo y entonces yo, al amanecer, te voy dar la rosa más roja que nadie vio en su vida».

El ruiseñor se quedó paralizado: «La muerte es un precio alto por una rosa roja», pensó. «Pero el amor vale más que todo, ¿y qué es el corazón de un pájaro, comparado con el corazón de un hombre?». Así pen-só, y aceptó la propuesta. Cuando la luna asomó so-bre el jardín, el ruiseñor voló hasta el rosal, apoyó su pecho contra la espina más punzante y cantó, duran-te toda la noche, la melodía más hermosa del mundo, hasta que se desangró por completo, y murió.

Al día siguiente, al salir el sol, el estudiante resig-nado, deprimido, asomó la cabeza por la ventana y lo primero que vio fue una rosa roja, de pétalos abiertos, bellísima y milagrosa, en su propio jardín. Se inclinó y la arrancó, sin poder creer la suerte que había tenido.

Se puso un abrigo y fue corriendo a la casa de su enamorada con la rosa en la mano. La encontró sen-tada en el umbral y le dijo: «Me prometiste que esta noche ibas a ir al baile conmigo si te traía una rosa roja: acá está».

La chica lo miró, pestañeó dos veces y dijo: «Ay qué linda, pero ahora veo que el rojo no combina con el vestido que elegí. Y además ayer me invitó el hijo del intendente y le dije que sí. Lo lamento, Eduardo». Y después, con un saludo apenas cordial, la chica se metió en su casa.

El estudiante volvió a su casa con el corazón des-trozado. «¡Qué cosa más inútil, el amor!», pensó mientras se alejaba. «Nunca prueba nada, nos incen-dia la cabeza con cosas que nunca van a pasar. Es lo menos práctico del mundo, y en este mundo lo único que importa es ser un tipo práctico, leer, razonar… Así que voy a volver mis libros y voy a dejar de pensar estupideces», dijo.

Miró a la rosa por última vez y la tiró a la calle con desprecio. La rosa voló hasta un charco que había en la mitad de la calle, y un rato después la aplastó la rueda de un camión.

FÁBULAS

¿Qué es una fábula?

- Es un relato generalmente breve que podemos encontrar escrito en prosa o verso.
- La fábula quiere enseñar algo; por ello, suele tener una moraleja.
- Tiene pocos personajes; en muchas ocasiones, los personajes son animales que hablan y se comportan como seres humanos.

LA ZORRA Y EL CUERVO (Esopo)

Un cuervo robó a unos pastores un pedazo de carne y se subió a un árbol.
Lo vio una zorra. Deseando apoderarse de aquella carne, empezó a halagar al cuervo. Elogiaba sus elegantes proporciones y su gran belleza; agregaba, además, que no había encontrado a nadie mejor dotado que él para ser el rey de las aves, pero que lo afectaba el hecho de que no tuviera voz.
El cuervo, para demostrarle a la zorra que no le faltaba voz, soltó la carne para lanzar con orgullo fuertes gritos.
La zorra, sin perder tiempo, rápidamente cogió la carne. Le dijo:
-Amigo cuervo, si además de vanidad tuvieras entendimiento, nada más te faltaría para ser el rey de las aves.
Cuanto más te adulen, con más razón debes cuidar de tus bienes.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA (Samaniego)

Cantando la cigarra
pasó el verano entero
sin hacer provisiones
allá para el invierno;
los fríos la obligaron
a guardar el silencio
y a acogerse al abrigo
de su estrecho aposento.

Viose desproveída
del precioso sustento:
sin mosca, sin gusano,
sin trigo y sin centeno.
Habitaba la hormiga
allí tabique en medio,
y con mil expresiones
de atención y respeto
la dijo: «Doña hormiga,
pues que en vuestro granero
sobran las provisiones
para vuestro alimento,
prestad alguna cosa
con que viva este invierno
esta triste cigarra,
que, alegre en otro tiempo,
nunca conoció el daño,
nunca supo temerlo.
No dudéis en prestarme,
que fielmente prometo
pagaros con ganancias,
por el nombre que tengo».

La codiciosa hormiga
respondió con denuedo,
ocultando a la espalda
las llaves del granero:
«¡Yo prestar lo que gano
con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana,
¿qué has hecho en el buen tiempo?».
«Yo», dijo la cigarra,
«a todo pasajero
cantaba alegremente,
sin cesar ni un momento».

«¡Hola! ¿con que cantabas
cuando yo andaba al remo?
Pues ahora, que yo como,
baila, pese a tu cuerpo».

EL ÁRBOL DE PLATA (Anónimo)

Pedro Urdemales le había quitado a un viajero un saquito con monedas de oro, tan limpiecitas que brillaban como un sol. Con un clavo le hizo un hoyito a cada moneda, les pasó un hilo y las colgó de las ramas de un árbol, como si fueran frutas del mismo árbol, el cual relucía a un lado del camino. Un hombre que venía por el camino vio desde lejos algo que brillaba. Entonces le metió espuelas al caballo para acercarse a ver de qué se trataba. Se quedó con la boca abierta mirando aquella maravilla, porque nunca había visto que de un árbol crecieran monedas. Pedro Urdemales estaba sentado en el suelo, afirmado contra el árbol. El caballero preguntó: –Dígame, compadre, ¿qué arbolito es este?

–Este arbolito –le contestó Pedro– es el árbol de la plata.

–Amigo, véndame una raíz para plantarla; le daré cien pesos por ella.

–Mire, patroncito –le dijo Urdemales–, ¿pa' qué lo voy a engañar? Las raíces de este árbol no brotan.

–Véndame, entonces, el árbol entero: le daré hasta mil pesos por él.

–Pero, patrón, ¿cómo cree que por mil pesos le voy a dar un árbol que en un solo año me da mucha más plata que eso?

Entonces el hombre le respondió: –Cinco mil pesos te daré por él.

–No, patroncito. ¿Se imagina que por cinco mil pesos le voy a dar este tesorito? Si me diera la tontera por venderla, no la dejaría en menos de diez mil pesos; sí, señor, en diez mil pesos, y eso por ser usté.

Dio el caballero los diez mil pesos y se fue muy contento con el arbolito, dispuesto a plantarlo. Pero en su casa vino a darse cuenta del engaño y le dio tanta rabia que se le hacía chica la boca para echarle maldiciones al pillo que lo había hecho leso. Mientras tanto, Pedro Urdemales se había ido de fiesta con los diez mil pesos.

LA PIEDRA DE HACER SOPA (Anónimo)

Érase que se era un soldado que volvía de la guerra. Llegó a un pueblo, un día en que frío soplaba el viento, el cielo era plomizo. El pobre soldado tenía hambre. Se detuvo ante una casa de las afueras y pidió algo para comer.

–No tenemos nada, ni siquiera para nosotros –le dijeron, de modo que el soldado siguió su camino.

Se detuvo en la casa siguiente y volvió a pedir un mendrugo de pan.

–No tenemos ni para nosotros mismos –le volvieron a decir.

–¿Tienen acaso una olla? –preguntó el soldado.

–Sí, tenemos un gran caldero de hierro.

–¿Tienen un poco de agua? –siguió preguntando.

–Sí, de eso hay mucho –le contestaron.

–Llenen el caldero de agua y pónganlo en el fuego –dijo el soldado–, pues yo tengo una piedra para hacer sopa.

–¿Una piedra para hacer sopa? –le preguntaron–. ¿Qué es eso?

–Pues es una piedra con la que se hace sopa –explicó el soldado.

Todos se reunieron a su alrededor, para ver la maravilla. La dueña de casa llenó la gran olla con agua y la colgó sobre el fuego. El soldado sacó una piedra de su bolsillo, una piedra que no parecía muy diferente de las que uno puede recoger en la calle, y la arrojó a la olla.

–Ahora, dejémosla hervir –dijo.

De modo que todos se sentaron a esperar que el agua hirviera. Los vecinos curiosos se acercaron a mirar la receta del soldado.

–¿Podrías darme un poquito de sal? –dijo el soldado.

–Por supuesto –dijo la mujer, y sacó la sal de un tarro.

El soldado tomó un puñado lleno y lo puso dentro de la olla. Todos se sentaron de nuevo a esperar.

–Unas pocas zanahorias no vendrían mal en esta sopa -dijo el soldado con añoranza.

–¡Oh!, si es por eso, tenemos algunas –dijo la mujer, y sacándolas de debajo de un banquillo, donde el soldado las había visto, se las entregó. De modo que pusieron las zanahorias en el caldero, y mientras estas hervían, el soldado les contaba las aventuras que había corrido.
–Unas pocas papas vendrían muy bien, ¿no les parece? –dijo el soldado–. Espesarían un poquito la sopa.
–Tenemos algunas papas –dijo una de las vecinas–. Las traeré.
De modo que pelaron las papas y las pusieron en la olla y siguieron esperando que esta hirviera.
–Mmmmm, está muy buena, y una cebolla daría muy buen gusto –dijo el soldado.
–Corre a la casa de al lado y pídele al vecino una cebolla, y dile que venga a ver esto –dijo el granjero a su hijo menor.
El chico así lo hizo y volvió con tres cebollas. Mientras todos esperaban, siguieron contando chistes y narrando historias.
–...Y no he probado repollo desde que partí de casa de mi madre –decía el soldado.
–Corre a la huerta de nuestra casa y arranca un repollo –dijo otro lugareño a su mujer. Ella salió corriendo y volvió con un repollo, que agregaron al caldo.
–No tardará mucho –dijo el soldado.
–Solo un poquito más –dijo la mujer, revolviendo el caldo con un gran cucharón.
En ese momento llegó un joven de la aldea. Había salido de caza y traía dos conejos.
–¡Justo lo que necesitamos para darle el toque final! –exclamó el soldado, y fue cosa de minutos que los conejos estuvieran limpios y cortados dentro de la olla.
–¡Hummm! –dijo el cazador, que tenía hambre–. ¡Huele muy bien esta sopa!
–El viajero ha traído una piedra –le explicó el granjero a su hijo- y está preparando una sopa con ella...
Por fin la sopa estuvo lista y todos la encontraron muy rica. Y hubo suficiente para todos.
–Es una sopa maravillosa –dijo el granjero.
–Es una piedra maravillosa –dijo su mujer.
–Lo es –dijo el soldado– y siempre les dará el mismo resultado si utilizan la receta que les he dado hoy.
Y así terminaron la sopa. Y cuando el soldado se despidió, le regaló a la dueña de casa la piedra para pagarle su hospitalidad. La buena mujer se lo agradeció muchísimo.
–No es nada –dijo el soldado, y se fue de la casa sin su piedra.
Pero por fortuna encontró otra, justo antes de entrar al pueblo siguiente.

VAMOS AL BAILE (María Elena Walsh)

"Vamos al baile”, dijo el fraile. "No tengo ganas", dijo la rana. "Invitemos al león", dijo el ratón. "Pero es muy lejos", dijo el conejo. "De aquí hay cien leguas", dijo la yegua. "¿Por qué camino?", dijo el zorrino. "No por el cerro", les dijo el perro.	"Ha'i ser un rancho", dijo el carancho. "No tiene el alero", dijo el jilguero. "No tiene luz", dijo el avestruz. "Hay un candil", dijo el alguacil. "Ganaremos la delantera", dijo la pantera. "¿Y si me aburro?”, les dijo el burro. "Habrá muchachas", dijo la vizcacha. "Todas son viejas", dijo la comadreja.	"Basta de lata", dijo la cata. "A que me enojo", les dijo el piojo. "Voy para la loma”, dijo la paloma. "Me duele el cogote”, dijo el chilicote. "Tengo sarampión", dijo el gorrión. "Me duele un callo", dijo un caballo. "Me han roto la uña", dijo la chuña. "Y a mí un diente", dijo la serpiente.

CARLOS ALBERTO (Ricardo Peters)

¿Quién no ha tenido en la vida algún día un animal?
Si a mí me preguntan: ¿cuál ha sido mi preferido?,
yo me siento confundido y tal vez me traicione un grito:
Carlos Alberto, un mosquito, animalito querido.

Llegó a mí en su juventud en una noche de enero,
desgraciao el traicionero, me hizo roncha en el cogote,
lo alcancé con un cazote, lo toqué y cayó de espalda
y cayó casi sin ruido como un bochazo en el suelo.

Se arrastró, lamió mis pies, movió la cola una vez, dos veces y quedó frito.
Al rato se levantó medio enculado alzó el vuelo
y a medio metro del suelo voló por toda la casa.
Se sumergió en una taza por ducharse o qué se yo
y ahí nomás me atropelló como a cobrarse revancha.

Yo por cederle la cancha me le ladié del camino,
con un zumbido asesino giró se vino de atrás,
me chicoteó en el oído y no lo pude ver más.

Movedizo cambió el frente se ubicó en el cielo razo;
le apliqué un alpargatazo...si lo agarro lo clausuro.
Le entró así como un apuro me vio cara de infeliz,
se me vino en un desliz animal de mala entraña,
me aterrizó en las pestañas:¿pueden creer que me hizo pis?

- "Me gusta porque es rebelde, tiene personalidad",
comenté como al pasar y así nos hicimos amigos.
Ahí nomás buscando abrigo aterrizó en un rincón,
yo mudo por la emoción, era el único testigo.

Aunque estaba muy mal criao no era de estirpe tan mala
yo le recorté las alas y lo empecé a alimentar.
Anduvo al libre accionar sin que a nadie molestara.
Lo castré pa que engordara con una hojita de afeitar.

Lo hacía comer plasticola, estaba gordo y pesao.
Obediente y bien mandao pesaba trescientos gramos.
Le gritaba: -"¡Beto, vamos!".y trotiaba alegremente.
Sin molestar a la gente porque volar no podía
y el recuerdo de esos días la nostalgia me lo arrima;
no era que el Beto te exprima la sangre porque picara
sino que te atropellara te empuje o te pise ensima.
Echaba afuera las moscas, comía del suelo las migas,
espantaba las hormigasque invadían los edificios.

Un día se nos dio a los vicios y ahí empezaron los males:
fumaba los espirales, se remamaba con Raid,
un día casi se nos cae de arriba d'el aparador.
Él fue perdiendo el honor yo fui juntando coraje,
estaba por darle el raje tal vez lo haya adivinao
porque un día muy enojao al caimil me lo robo
y rodando lo sacó previniendo un atentao.

Pero en fin, cual todo pasa, yo también lo perdoné.
Aunque él no me tuvo fe y siguió siendo un desgraciao.
Después que hubo adelgazao, volvió a volar libremente
y un día en que tranquilamente planeaba sobre en la silla:
oscuro trapo e rejilla lo pialó junto a un barranco...
¿Cómo fue que no lo viste? Carlitos...te estoy llorando.

EL GAUCHO MARTÍN FIERRO (José Hernández)

Los hermanos sean unidos
porque esa es la ley primera;
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos se pelean
los devoran los de ajuera.

La cigüeña, cuando es vieja,
pierde la vista, y procuran
cuidarla en su edá madura
todas sus hijas pequeñas.
Apriendan de las cigüeñas
este ejemplo de ternura.

Ave de pico encorvado,
le tiene al robo afición;
pero el hombre de razón
no roba jamás un cobre,
pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón.

LEYENDAS

Las leyendas se parecen a los cuentos porque son narraciones imaginarias, es decir, ficcionales. Pero tienen una característica especial: fueron creadas por las personas y los pueblos para explicar lo que veían a su alrededor y les daba curiosidad: ¿por qué no vemos la luna siempre igual, sino que parece cambiar de forma?, ¿cuál es el origen de un río?, ¿por qué florece una planta?

Para explicar estos y otros fenómenos de la realidad, entonces, los pueblos crearon leyendas entretenidas y bellas, que suelen tener personajes sobrenaturales y cuentan hechos maravillosos. Casi siempre, estas historias no tienen un autor conocido, es decir, son anónimas. Los adultos se las contaban a los chicos y ellos, de grandes, se las contaban a sus propios hijos. Así, las historias se transmitieron de boca en boca y de generación en generación. Por eso mismo se fueron modificando a lo largo del tiempo y, a veces, existen distintas versiones de una misma historia en las que cambia, por ejemplo, algún personaje o el lugar en el que sucede.

Hoy en día, la ciencia explica muchos de los fenómenos de la naturaleza, pero las leyendas se siguen creando porque son historias hermosas que a todos nos gusta leer en los libros de cuentos.

LEYENDA DEL CHAJÁ

Dicen que dicen... que en una comunidad guaraní, cuyo cacique de nombre Aguará había sido un hombre valiente, pero el transcurso de muchos veranos lo habían acercado a su invierno, sus cabellos se habían puesto blanco, su espalda encorvada y sus fuerzas decaían cada vez más.

Aguará siempre había deseado tener un hijo varón, pero Tupác no le había concedido ese deseo.

Sin embargo, su única hija Taca colmó todas sus expectativas, la joven era muy hermosa, de fuerte carácter y espectacular figura, su tez morena era fina tersa, sus cabellos largos y negros como una noche sin estrellas le caían sobre su espalda.

Ella tenía un genio enérgico y decidido que intercalaba con charlas dulces y amenas. Todos en la comunidad le admiraban y su padre habíale pedido ayuda para guiar la tribu y administrar con justeza.

Todos respetaban las decisiones que Taca resolvía bondadosamente.

Ella manejaba el arco y la flecha con destreza, era capaz de enfrentarse a cualquier peligro, siempre que fuera en beneficio de sus congéneres a los que escuchaba con amor, pero cuando era necesario arengaba y dirigía con destreza y bravura.

Ella estaba profundamente enamorada de un valiente cazador, Ará Ñaró, quien la había adiestrado en el arte de la cacería, Taca había aprendido tanto que ningún peligro del monte le importaba.

Por esos días la vida transcurría sin sobresaltos, pero como todo en la vida tiene sorpresas la aparición de un feroz jaguar trajo la desgracia al pueblo.

Sucedió que en una mañana antes que el sol trepara en el horizonte, Carumbé, Pindó y Petig se internaron en el monte en busca de miel de lechiguana, de improviso fueron atacados por un enorme jaguar.

Tan ensimismados en la recolección estaban, que no se apercibieron de la llegada del animal que de pronto saltó sobre Petig y del primer zarpazo cayó muerto. Carumbé y Pindó no tuvieron otra opción para salvar sus vidas.

Al enterarse los miembros de la comunidad, consternados reunieron al consejo de ancianos.

Los hombres sabios, ante semejante amenaza, decidieron emprender la búsqueda del felino para darle muerte.

El cacique y Taca aprobaron la determinación e instaron a los jóvenes guerreros a realizar tal empresa, pero con disgusto y sorpresa ellos comprobaron que tan solo un joven, al que llamaban Pira-u estaba dispuesto a enfrentar tal peligro.

Así fue como el valiente guerrero, luego de prepararse partió al amanecer.

Todos tenían fe en Pira-u y esperaban que pronto regresara el joven con la piel del animal. Sin embargo, los días corrían y el muchacho no volvía.

Días más tarde tuvieron noticias, el joven había sido sorprendido por el animal y ya no regresaría.

Taca estaba enfurecida e inmensamente triste, con premura reunió a la aldea y los conminó a ir en busca del depredador, pero nadie quería enfrentarse a la fiera.

Ella gritando les hizo saber que estaba avergonzada de pertenecer a una tribu de cobardes.

-Todos saben que Ará-Ñaró aún no regresa de la cacería, pero si él estuviese aquí, dijo Taca-, -Él iría sin dudas en busca del jaguar, pero si nadie ha de hacerse cargo de la defensa de nuestro pueblo, lo haré yo misma-.

Su padre se mostró orgulloso y lleno de admiración por su primogénita, pero se negó a que ella emprendiera semejante empresa.

El adujo que, si bien su hija era digna de sus antepasados, debido a su edad, él ya no podría gobernar a su comunidad y les habló de sus achaque y viejas heridas, sin embargo, Taca refutó a su padre diciéndole que los dioses la acompañarían y que alguien tenía que poner fin a los desmanes que atravesaba la tribu.

Aguará no tuvo palabras para convencer a su hija y ella comenzó los preparativos, saldría esa misma tarde, antes del anochecer.

Cuando estaba todo listo para partir algo inusitado sucedió. Ara-Ñaró había regresado trayendo consigo pieles, plumas y un sin número de animales, producto del esfuerzo, después de tantos días de caza.

Sin duda el grupo fue recibido con vivas y vítores, Aguará y Taca encabezaban el grupo custodiado por un grupo de ancianos.

Ará Ñaró obsequió a su amada con distintos presentes, el más preciado una bella plumita de Caburé.

Cada cual volvió a su maloca pero Aguará, Taca y Ará Ñaró departieron de los peligros que amenazaban a la comunidad.

El joven cazador no podía creer que nadie fuera capaz de afrontar los azotes del jaguar.

Aguará le explicó que el motivo de tal atroz temor era que todos creían en un enviado de Añá, imposible de vencer.

Ará Ñaró tomó la decisión de acompañar a su amada.

Ni bien los primeros rayos de luz se abrieron en el cielo, ambos jóvenes partieron ante la mirada del anciano, los impulsaba la juventud y la esperanza.

Durante todo el trayecto Taca animaba a Ará Ñaró diciéndole -¡Yahá!, ¡Yahá!-.

Cerca de un ñandubay hallaron las inconfundibles huellas de la fiera.

Ará Ñaró le ordenó a Taca guarecerse detrás de los matorrales cerca de un añoso árbol y fue al encuentro del felino, pero el animal apareció de la nada y se abalanzó sobre el muchacho.

El animal era fuerte y sumamente feroz y por más que el joven lo enfrentaba valientemente la lucha era desigual.

Taca, espantada desde su precario escondite observaba como el jaguar desgarraba el cuerpo de su amado, ella dio un grito y se abalanzo sobre el animal, pero pronto fue desbastada por el felino.

Todo fue en vano, ambos sucumbieron en el intento, junto al jaguar.

Muchos días pasaron sin noticias de los jóvenes y con el transcurrir de las lunas los dieron por muertos.

El anciano enfermó de tristeza y al poco tiempo dejó esta vida. Taca, Ará Ñaró y el jaguar pagaron con su vida el heroísmo, que los llevó a la lucha de enfrentarse entre sí.

Todos estaban tristes, la pérdida de seres queridos les había afectado mucho, pero ahora librados del cruel enemigo, debían darle una sentida despedida a Aguará.

Para ello prepararon una urna de barro y en ella depositaron el cuerpo del cacique, sus prendas y provisiones para el viaje.

Al llevar la urna al lugar de descanso, sobrevolaron sobre los restos una pareja de aves, hasta ese momento desconocida gritando: - ¡Yahá!, ¡Yahá!-.

Todos reconocieron en ellos a Taca y a Ará Ñaró que habían venido a despedirse del anciano, porque después de haberle dado muerte al jaguar, Tupá los convirtió en los guardianes encargados de vigilar y avisar ante cualquier peligro.

Desde ese entonces los Chajá cumpliendo los designios de Tupá, nos adviertes ante cualquier amenaza dando el grito de ¡Yahá!, ¡Yahá!.

LEYENDA DE LA YERBA MATE

Cuenta la leyenda que, desde hace mucho tiempo, la Luna Yasí, como la llamaban los guaraníes, alumbra de noche el cielo misionero. Yací no conocía la tierra, veía el mundo desde arriba porque no se animaba a bajar a descubrirla, aunque era muy curiosa y ansiaba ver por sí misma las maravillas de las que le hablaba su amiga Araí, la nube. Un día, venció su temor y bajó a la tierra acompañada de la nube, y convertidas en niñas de blanca piel y cabellera, se pusieron a recorrer y descubrir las maravillas de la selva.

Era mediodía y los colores, los olores y los ruidos de la gran selva no dejaron que escucharan los pasos sigilosos de un yaguareté que se acercaba agazapado para atacarlas. En ese mismo instante, antes de que pudiera lastimar a Yasí y Araí, una flecha disparada por un viejo cazador guaraní que venía siguiendo al tigre se clavó en el costado del animal y salvó a las dos niñas que estaban arrinconadas, muy asustadas. Ellas no pudieron agradecer al anciano ya que volvieron lo más rápido posible al cielo, temblando de miedo por lo que había sucedido.

Esa noche, acostado en su hamaca, sin saber que había salvado a la tierra de quedarse sin Luna que alumbrara en la oscuridad, el viejo tuvo una extraordinaria visión: la Luna, en todo su esplendor, desde el cielo le decía: Yo soy Yací, la niña que hoy salvaste del yaguareté y quiero darte las gracias ya que fuiste muy valiente. Por eso quiero darte un regalo y un secreto. Mañana, cuando despiertes, vas a encontrar frente a tu casa una planta nueva llamada caá; con sus hojas tostadas y molidas se prepara una infusión que acerca los corazones y ahuyenta la soledad. Es mi regalo para vos, tus hijos y los hijos de tus hijos.
Al día siguiente, el viejo descubrió frente a su casa, una planta de hojas brillantes y ovaladas que crecía de la tierra. El cazador siguió las instrucciones de la Luna: no se olvidó de tostar las hojas y, una vez molidas, las colocó dentro de una calabacita hueca, vertió agua, probó de una caña fina y luego convidó a todos los miembros de su tribu ¡Había nacido el mate!

LA LEYENDA DEL PALMAR

Se cuenta que cuando todo era campo raso, vivía en un rancho cerca del río un fiero leñador junto a su morena hija, de ojos y trenzas renegridas, quien ayudaba a su padre en los quehaceres del campo.
El padre no perdía de vista los pasos de su hija ya que era muy celoso y hasta no quería que alguien le dirigiera la palabra.
Una tarde que la joven se encontraba descansando en la puerta del rancho, pasó un forastero a caballo y miró intensamente a la joven, aunque siguió su camino.
Pocas noches más tarde, la moza escuchó una canción e intuyó que era para ella. Abrió la ventana y vio a su padre con un facón en la mano, buscando al cantor. Pero el galope de un caballo tranquilizó a la joven, convencida que quien cantaba había huido.
La joven sufría con el trato que le daba su padre y la situación empeoró el día que le dijo que debía casarse con un vecino, bastante entrado en años pero muy rico, a quien ella despreciaba.
Pasaba el día pensando en liberarse, y cada vez que lo hacía volvía a su mente la figura del forastero.
Fue entonces que caminó hasta la gruta de Santa Inés a fin de rogarle se produzca un milagro que mejore su existencia.
Le dejó a la virgencita un caro regalo: la cadena de oro que le había regalado aquél que su padre había elegido para que fuera su esposo.
Mientras esto sucedía, el forastero galopaba sobre su blanco caballo, llevando una bolsa con cocos y dos flores para las trenzas de su amada. Llegó hasta su ventana e hizo señas, tras lo cual la moza salió del rancho y ambos salieron del lugar en el caballo del muchacho.
El padre logró ver que huían, así que montó su brioso alazán. Lleno de rabia y facón en mano salió a buscar a la pareja.
El caballo blanco de la pareja poco menos que volaba, y en esa carrera los cocos iban cayendo y los cascos del caballo que los perseguía los iba enterrando en la tierra.
Llegó el alba y el perseguidor quedó mascullando su rabia ya que perdió a su hija.
Cuenta la Leyenda que de cada coco nació una palmera y así por los años de los años se fueron multiplicando hasta llegar el día de hoy, donde un maravilloso bosque de palmeras se presenta al mundo con su belleza y misterio.

MITOS

Un mito es un relato tradicional, sagrado, dotado de carácter simbólico, que narra, como si fueran reales, acontecimientos extraordinarios y trascendentes, asociados a la cosmogonía de un pueblo, es decir, a su concepción del universo.

Los mitos ofrecen respuestas a preguntas tales como: ¿cuál es el origen del mundo?, ¿cómo surgieron los seres humanos?, ¿por qué existe el mal?, ¿qué ocurre después de la muerte? Sus historias involucran a seres sobrenaturales o fantásticos (como dioses y semidioses, sirenas, faunos, ninfas, etc.) y transcurren en un tiempo primordial, anterior al tiempo histórico. A través de estas historias, una cultura transmite sus valores y creencias a las generaciones venideras.

Con el avance del pensamiento científico, el término mito adquirió una connotación negativa, y comenzó a ser usado para subrayar el carácter fantasioso de una explicación, vinculada a la religión, en contraposición al pensamiento racional, propio de la ciencia.

Diferencias entre mito y leyenda

Algunas diferencias entre el mito y la leyenda son:

Definición. Los mitos son narraciones que explican el mundo a través de acontecimientos extraordinarios que se vinculan con dioses y seres sobrenaturales o fantásticos. Las leyendas son relatos populares que utilizan elementos fantásticos para contar un hecho real, natural o histórico.

Temporalidad. Los mitos se ubican en un tiempo ajeno al hombre (tiempo ahistórico), mientras que las leyendas se ubican en un tiempo histórico determinado.

Protagonistas. Los mitos están protagonizados por dioses o criaturas sobrenaturales, mientras que las leyendas suelen estar protagonizadas por hombres reales que viven hechos fantásticos.

Temática. Los mitos abordan temas que pertenecen a la humanidad en general, mientras que las leyendas cuentan historias vinculadas a un pueblo particular.

Objetivo. Los mitos tienen un objetivo religioso o sagrado, ya que explican cuestiones vinculadas con el origen del mundo, la cosmovisión de un pueblo o la muerte. Las leyendas tienen un objetivo didáctico y suelen dejar una enseñanza moral.

EL MITO DE TESEO Y EL MINOTAURO

En la isla de Creta, gobernada por el rey Minos, vivía una criatura monstruosa llamada el Minotauro, mitad hombre y mitad toro. Este ser había nacido como castigo divino: Minos había ofendido a los dioses al no sacrificar un toro blanco que Poseidón le había enviado. En represalia, Poseidón hizo que Pasífae, la esposa de Minos, se enamorara del toro. De esta unión nació el Minotauro, una criatura violenta e incontrolable.

Para contener al monstruo, Minos encargó al famoso inventor Dédalo que construyera un enorme laberinto en el que el Minotauro pudiera ser encerrado. El Laberinto era una estructura tan compleja que nadie que entrara en él podía encontrar la salida.

Durante este tiempo, Minos declaró la guerra contra Atenas y salió victorioso. Como tributo por su derrota, los atenienses debían enviar cada nueve años a siete jóvenes y siete doncellas a Creta para ser devorados por el Minotauro. Este sacrificio servía para apaciguar la ira de Minos y evitar que volviera a atacar Atenas.

En la tercera ocasión en que se debía enviar este tributo, Teseo, hijo del rey Egeo de Atenas, se ofreció como voluntario para unirse al grupo de jóvenes destinados al Laberinto. Su objetivo era enfrentar al Minotauro y liberarse de esa humillación que pesaba sobre su ciudad. Antes de partir, Teseo hizo una promesa a su padre: si lograba derrotar al Minotauro y regresar con vida, izaría velas blancas en su barco al acercarse a Atenas. Si no lo conseguía, las velas negras que llevaban al partir seguirían ondeando.

Teseo y los otros jóvenes llegaron a Creta, donde fueron presentados al rey Minos. Allí, la hija de Minos, Ariadna, vio a Teseo y quedó profundamente enamorada de él. Decidida a salvarlo, Ariadna buscó la ayuda de Dédalo, quien le dio un ovillo de hilo mágico. Con este, Teseo podría marcar su camino a través del Laberinto y encontrar la salida después de enfrentarse al Minotauro.

La noche antes de entrar al Laberinto, Ariadna entregó el ovillo a Teseo y le explicó cómo usarlo. Al día siguiente, armado con una espada y con el hilo, Teseo entró en el Laberinto. Mientras avanzaba, desenrollaba el hilo para asegurarse de no perderse.

Después de un largo y peligroso recorrido, Teseo finalmente encontró al Minotauro en el centro del Laberinto. Se enfrentaron en una feroz lucha cuerpo a cuerpo, y Teseo logró vencer al monstruo clavándole la espada. Exhausto pero victorioso, siguió el hilo de vuelta hasta la entrada del Laberinto, donde lo esperaban los otros jóvenes y Ariadna.

Sigilosamente, Teseo, Ariadna y los atenienses escaparon de Creta, embarcándose hacia Atenas. Sin embargo, durante el viaje de regreso, Teseo abandonó a Ariadna en la isla de Naxos. Las razones de este acto son diversas según las versiones del mito: en algunas, fue porque los dioses le ordenaron dejarla; en otras, porque Teseo perdió interés en ella.

En su regreso a Atenas, Teseo cometió un trágico error. Olvidó cambiar las velas negras del barco por las blancas, como había prometido a su padre. Al ver las velas negras desde la costa, el rey Egeo creyó que su hijo había muerto, y en su desesperación, se arrojó al mar desde un acantilado, perdiendo la vida. Desde entonces, ese mar lleva su nombre: el mar Egeo.

Aunque Teseo regresó como un héroe que había liberado a Atenas del tributo al Minotauro, la muerte de su padre dejó una sombra sobre su victoria.

LOS TRABAJOS DE HERACLES

Heracles, a quien los romanos llamarían Hércules, era hijo de Zeus y de Alcmena, una princesa de Tebas. Hera, enojada porque Zeus había llevado a cabo otro de sus casamientos con mujeres mortales, envió dos horrorosas serpientes para que mataran a Heracles cuando aún era un bebé. Heracles y su hermano gemelo Ificles dormían en un escudo que les servía de cuna, cuando las serpientes reptaron hacia ellos. Ificles gritó y rodó fuera del escudo. Pero Heracles, un niño inmensamente fuerte, cogió las serpientes por el cuello, una en cada mano, y las estranguló.

Cuando era un muchacho, Heracles se interesaba más por la lucha que por la lectura, la escritura o la música. También prefería la carne asada y el pan de cebada a los pasteles de miel o de frutas. Pronto, se convirtió en el mejor arquero, el mejor luchador y el mejor boxeador que existía. Cuando Lino, su profesor de música, le pegó por no prestar atención a las escalas, Heracles le golpeó con una lira hasta matarlo. Acusado de asesinato, Heracles dijo sencillamente:

—Lino me pegó primero. Sólo me defendí.

Y los jueces lo absolvieron.

Euristeo, el gran rey de Grecia, quería desterrar a Anfitrión, rey de Tebas y, ahora, padrastro de Heracles. Pero éste, noblemente, se ofreció a Euristeo para ser su esclavo durante noventa y nueve meses, si permitía que Anfitrión se quedase y conservara el trono. Hera advirtió a Euristeo:

—Acepta, pero encarga a Heracles los diez trabajos más peligrosos que puedas elegir, y que los cumpla todos dentro de los noventa y nueve meses. Lo quiero muerto.

El primer trabajo que Euristeo ordenó a Heracles fue matar al león de Nemea, una enorme bestia, cuya piel era resistente a la piedra, al cobre y al hierro. Aquel monstruo vivía en una cueva en las montañas. […] Aunque el animal le arrancó el dedo corazón de la mano izquierda de un mordisco, Heracles consiguió meter la cabeza del león bajo el brazo derecho y aplastarla hasta que la bestia murió. Heracles despellejó al león usando una de las garras del mismo animal como cuchillo y luego se cubrió con la piel. Después, se fabricó una nueva maza de madera de olivo y se presentó ante Euristeo.

El segundo trabajo era mucho más peligroso: matar a la monstruosa hidra de los pantanos de Lerna. Esta bestia tenía el cuerpo grande, como el de un perro, y ocho cabezas de serpiente con largos cuellos. Heracles le disparó flechas ardiendo cuando salía de su agujero bajo las arenas de un pantano. Luego, corrió hacia ella y le golpeó las ocho cabezas. Pero conforme las aplastaba,

iban apareciendo otras en su lugar. Un escorpión, enviado por Hera, se le acercó rápidamente y le mordió el pie: Heracles lo aplastó de un pisotón. Al mismo tiempo, desenvainó su afilada espada de empuñadura de oro y llamó a Yolao, el conductor de su carro. Yolao trajo inmediatamente una antorcha y, cuando Heracles cortaba una cabeza, sellaba el cuello con fuego para evitar que surgiera una nueva. Fue el final de la hidra. Heracles mojó sus flechas en su sangre venenosa. Quien fuera herido con ellas moriría dolorosamente.

El tercer trabajo fue capturar la cierva de Cerinia, una cierva blanca con pezuñas de bronce y cuernos de oro, que pertenecía a la princesa Artemisa. Heracles tardó un año entero en encontrarla. La persiguió por montañas y valles de toda Grecia, hasta que al final le disparó una flecha sin veneno, cuando pasó corriendo cerca de él. La flecha se clavó entre el tendón y el hueso de sus patas delanteras, que quedaron ensartadas, sin derramar una sola gota de sangre. Cuando tropezó y cayó, Heracles la apresó, le extrajo la flecha y se la llevó a Euristeo sobre los hombros. Artemisa se habría enfurecido si Heracles hubiera dañado a su cierva y, además, lo perdonó por su certero flechazo. Después, Euristeo liberó a la cierva.

El cuarto trabajo fue apresar al jabalí de Erimanto, una enorme criatura con unos colmillos como los de un elefante y una piel resistente a las flechas. Heracles lo persiguió por las montañas de aquí para allá, en invierno, hasta que quedó atrapado en un gran montículo de nieve. Allí, saltó sobre él y le ató las patas delanteras a las traseras. Cuando Euristeo vio a Heracles cargando el jabalí a su espalda por la avenida de palacio, huyó y se escondió en una gran vasija de bronce.

El quinto trabajo fue limpiar el inmundo establo del rey Augías en un solo día. Augías tenía muchos millares de animales y nunca se había preocupado de eliminar sus excrementos. Euristeo le encargó esta tarea a Heracles sólo para molestarlo, esperando que se cubriera de inmundicia, cuando cargara el estiércol en las cestas para llevárselo.

Augías sonrió a Heracles con desprecio:

—Te apuesto veinte vacas contra una, a que no puedes limpiar el establo en un solo día.

—De acuerdo —dijo Heracles.

Blandió su maza, derribó la pared del establo, cogió un pico y cavó rápidamente unos canales profundos desde dos ríos cercanos. El agua de los ríos atravesó el establo y lo dejó limpio en un momento.

Como sexto trabajo, Euristeo le dijo a Heracles que expulsara ciertas aves caníbales con plumas de bronce del lago Estínfalo. Estos animales parecían grullas, pero tenían picos capaces de hacer pedazos una coraza de hierro. Heracles no podía nadar en los pantanos, porque el agua estaba turbia, y tampoco podía cruzarlos caminando, porque el barro no aguantaría su peso. Cuando disparó a los pájaros, las flechas rebotaron en sus plumas.

La diosa Atenea se le apareció entonces y le dio un unos címbalos de bronce.

—¡Agítalos! —le ordenó.

Heracles lo hizo y las aves levantaron el vuelo, aterrorizadas. Disparó, mató a docenas de ellas, ya que en la parte inferior de sus cuerpos no tenían plumas de bronce, y las obligó a huir en dirección al mar Negro. Ninguna volvió jamás.

El séptimo trabajo fue capturar un toro que aterrorizaba Creta. Perseguía granjeros y soldados, destruía cabañas y almacenes, arrasaba campos de maíz, y asustaba a mujeres y niños. Este animal había aparecido cuando el hijo de Europa, Minos, dijo a los cretenses:

—¡Soy el rey de esta isla! ¡Dejemos que los dioses me envíen una señal para probarlo!

Mientras hablaba, los cretenses vieron cómo un toro muy blanco de cuernos dorados salió nadando del mar. Pero en lugar de sacrificar el hermoso animal a los dioses, como era su deber, Minos lo conservó y sacrificó otro. Así que Zeus lo castigó, permitiendo que el toro escapara y causara desgracias en toda Creta.

Heracles siguió al toro hasta un bosque. Allí, se subió a un árbol, esperó que el animal pasara y saltó sobre su lomo. Tras un difícil forcejeo, consiguió clavarle una anilla en la nariz y, cruzando el mar con unas riendas atadas a su morro, se lo llevó a Euristeo.

El octavo trabajo fue capturar las cuatro yeguas salvajes del rey Diomedes de Tracia. Diomedes alimentaba a estas yeguas con la carne de los extranjeros que visitaban su reino. Heracles viajó hasta Tracia y se acercó al palacio real; fue directo a las cuadras de Diomedes, echó a los mozos y condujo a las yeguas, que se caían y coceaban, hasta la costa. Alertado por el ruido, Diomedes llamó a los guardias de palacio y salió en su persecución. Heracles dejó las yeguas a cargo de su mozo Abdero y volvió para luchar. La batalla fue corta. Dejó sin sentido a Diomedes con su maza e hizo que las yeguas se lo comieran vivo, como venganza por la muerte de Abdero que, poco antes, al no haber podido controlar a las yeguas, había sido devorado por las mismas. Antes de marcharse, Heracles también instituyó unos juegos fúnebres anuales, en memoria de Abdero. Ya de regreso, cuando Heracles vio que su barco era demasiado pequeño para que cupieran las cuatro yeguas, las enjaezó al carro de Diomedes, abandonó el barco y volvió, de este modo, a casa, cruzando Macedonia.

El noveno trabajo fue conseguir el famoso cinturón de oro de Hipólita, la reina de las amazonas que vivía en la costa sur del mar Negro, y regalárselo a la hija de Euristeo. Heracles llegó a Amazonia sin novedad. Allí, la reina Hipólita se enamoró de él y podría haber conseguido el cinturón como un simple regalo. Sin embargo, la diosa Hera, con rencor, se disfrazó de amazona y esparció el rumor de que Heracles había venido para secuestrar a Hipólita y llevársela a Grecia. Las amazonas, indignadas, montaron en sus caballos y fueron a rescatarla, lanzando flechas contra Heracles, mientras se acercaban. Aunque Heracles rechazó el ataque, Hipólita resultó muerta en la confusión de la batalla. Así que Heracles cogió el cinturón de su cadáver y se fue apenado. Le hubiera gustado casarse con Hipólita y le molestó mucho tener que darle el cinturón a la hija de Euristeo.

El décimo trabajo de Heracles fue robar un rebaño de bueyes del rey Geríones, que vivía en una isla cerca de la corriente de Océano. Geríones tenía tres troncos con sus respectivas cabezas, pero un solo par de extremidades. […] Cuando llegó a la isla de Geríones, Heracles fue atacado por un perro bicéfalo y por un pastor de Geríones, a los que abatió de un mazazo. Finalmente, Geríones salió corriendo de su palacio, como si se tratase de una fila formada por tres hombres. La diosa Hera, entonces, intentó ayudar a Geríones deslumbrando con un espejo a Heracles, pero éste esquivó el destello y mató a Geríones con una flecha, que atravesó a la vez los tres troncos. Luego, disparó también contra Heray la hirió en un hombro. La diosa se fue entonces volando a suplicar a Apolo y a Artemisa que le extrajeran la flecha y la curaran. […]

Ahora, Heracles debía ser liberado pero, aconsejado por Hera, Euristeo le dijo:

—No has cumplido correctamente mi segundo trabajo, porque pediste ayuda a Yolao, para matar la hidra. Y tampoco hiciste bien el quinto trabajo, porque Augías te pagó por limpiar su establo. […] Debes hacer dos más, pero puedes dedicarles el tiempo que necesites.

—De acuerdo —dijo Heracles—. Y si vivo para cumplirlos, le sucederá lo peor a tu familia.

Euristeo había planeado dos nuevos trabajos muy peligrosos. El primero era conseguir las manzanas de oro de las hespérides, ninfas que vivían en el Lejano Occidente. Estas manzanas eran el fruto de un árbol que la Madre Tierra le ofreció a Hera como regalo de boda. Las Hespérides, hijas del titán Atlas, cuidaban del árbol, y Ladón, un dragón que nunca dormía, lo vigilaba dando vueltas a su alrededor.

[…] Heracles partió por mar hacia Marruecos y, al llegar a Tánger, caminó tierra adentro hasta el lugar donde Atlas, el titán rebelde, sostenía la bóveda celeste. Heracles le preguntó:

—Si me hago cargo de tu trabajo durante una hora, ¿querrías recoger para mí tres manzanas del árbol de tus hijas?

—Claro —dijo Atlas—, si tú matas antes al dragón que nunca duerme.

Heracles apuntó con su arco por encima del muro del jardín y mató al dragón. Luego, se puso de pie detrás de Atlas y, separando las piernas, se colocó todo el peso de la bóveda celeste sobre la cabeza y los hombros. Atlas trepó por el muro, saludó a sus hijas, robó las manzanas y le gritó a Heracles:

—Hazme el favor de quedarte aquí un poco más, mientras le llevo estas tres manzanas a Euristeo. Con mis enormes piernas, estaré de vuelta dentro de una hora.

Heracles, que sabía que Atlas nunca entregaría las manzanas a Euristeo y que su idea era la de rescatar a los demás titanes para empezar una nueva rebelión, simuló que le creía.

—Encantado —contestó—, pero antes sosténme un momento el peso, mientras doblo esta piel de león y me hago un cojín para la cabeza.

Atlas dejó las manzanas en el suelo e hizo lo que le pedía Heracles. Éste entonces recogió las manzanas y, antes de irse, le dijo:

—Has intentado engañarme —le comentó, riéndose—, pero yo te he engañado a ti. ¡Adiós!

[…] El último y peor de los trabajos fue capturar al can Cerbero y arrastrarlo a la superficie desde el Tártaro. Al recibir esta orden, Heracles fue a Eleusis para purificarse. Allí se celebraban los misterios de Deméter. Limpio de todo pecado, Heracles bajó con valentía hasta el Tártaro, pero Caronte no quiso transportar a un mortal hasta la otra orilla de la laguna Estigia.

—Destruiré tu barca —le amenazó Heracles— y te cubriré de flechas como un erizo está cubierto de púas.

Caronte tembló de terror y lo llevó al otro lado. Más tarde, Hades castigó a Caronte por su cobardía.

Heracles vio a Teseo y Pirítoo pegados al banco de Hades, mientras las furias los azotaban. Tiró de Teseo con enorme fuerza y lo arrancó del asiento, pero Teseo perdió un buen trozo de espalda. Luego, vio que era imposible liberar también a Pirítoo, si no era con un hacha, así que lo dejó allí.

Perséfone salió corriendo del palacio y cogió a Heracles de las manos:

—¿Puedo ayudarte, querido Heracles? —preguntó.

—Majestad, te ruego que me prestes a tu perro guardián durante unos días. Podrá volver a casa enseguida, cuando se lo haya enseñado a Euristeo.

Perséfone dirigió sus ojos hacia Hades:

—Por favor, esposo, concede a Heracles lo que pide. Esta tarea le ha sido encomendada por consejo de tu cuñada Hera. Él promete no quedarse con nuestro can Cerbero.

—Muy bien —respondió Hades—, y puede llevarse también a ese loco de Teseo, ya que está aquí. Pero tiene la obligación de domar a Cerbero, sin usar ni la maza ni las flechas.

Hades creyó que esta condición haría imposible el trabajo, pero la piel de león de Heracles era resistente a los pinchazos de las púas del lomo de Cerbero, así que Heracles, con sus fuertes manos, apretó el pescuezo del can, hasta que sus tres cabezas se oscurecieron. Cerbero entonces se desmayó y Heracles pudo arrastrarlo con facilidad. Por desgracia, el único túnel de vuelta a la Tierra lo bastante ancho era uno que tenía la salida cerca de Mariandinia, junto al mar Negro, así que a Heracles le esperaba un viaje largo y difícil. Antes de partir, Heracles cogió una rama de laurel blanco como trofeo y se la colocó como si fuera una corona.

Cuando Heracles apareció arrastrando a Cerbero con una correa, Euristeo se dio un susto de muerte.

—Gracias, noble Heracles —dijo—; ahora, quedas liberado de tus trabajos. Pero, por favor, devuelve esa bestia enseguida.

Heracles volvió a Tebas, donde su madre Alcmena lo recibió con alegría. […]

SIMBAD, EL MARINO

Érase una vez un muchacho llamado Simbad que decidió embarcarse en un barco para comerciar por el mundo.

Un día el viento dejó de soplar y el barco se paró muy cerca de una isla. Simbad y otros tripulantes del barco decidieron ir a visitar la isla. Estando en la isla tuvieron hambre, así que encendieron una hoguera para asar carne. De repente, el suelo se estremeció como si de un terremoto se tratase.
Lo que pasaba es que no habían desembarcado en una isla, sino en el lomo de una enorme ballena que, al sentir el fuego, empezó a dar coletazos. En una de estas embestidas Simbad cayó al agua. Los tripulantes del barco pensaron que se había ahogado, así que se fueron nadando al barco y huyeron.
Pero Simbad consiguió agarrarse a una madera que flotaba por allí hasta que una ola lo arrojó sobre una playa.
-¿Qué será esto? -exclamó Simbad al ver unas bolas blancas de gran tamaño.
De pronto, Simbad miró hacia arriba y vio a un inmenso pájaro que iba hacia él.
-¡Es el pájaro Roc! -gritó asustado.
Pero no le dio tiempo a más. El pájaro Roc se posó sobre él para calentar unas enormes piedras blancas, que eran sus huevos.
Simbad aprovechó para pensar cómo salir e ideó un plan.
- Enrollaré mi turbante a la pata del pájaro Roc para que me lleve volando por la mañana -pensó Simbad.
Y así fue. Al amanecer, el pájaro se echó a volar, llevándose a Simbad con él hasta otro lugar en el que se posó.
Simbad descubrió que estaba en un profundo valle, rodeado de montañas tan altas que era imposible escalarlas. Cuando se sentó a descansar y a pensar en la falda de una de las montañas descubrió que estaba rodeado de serpientes.
-¡Qué mala suerte! -dijo Simbad-. ¡Consigo escapar de un problema para meterme en otro peor!
Entonces Simbad se dio cuenta de que aquel misterioso valle también estaba lleno de preciosos diamantes.
-¡Aquí estoy, rodeado de la mayor fortuna del mundo y condenado a no salir jamás! -se lamentó Simbad.
Sin embargo, por si acaso, Simbad llenó un saquito de cuero que llevaba encima con diamantes. Mientras metía los diamantes en la bolsa tuvo una idea:
-Mataré a una serpiente y me ataré a ella con el turbante. Luego esperaré a que venga el pájaro Roc a comérsela. Entonces me iré con él.
Y así ocurrió. Durante el viaje, el pájaro Roc sobrevoló el mar. Simbad divisó un enorme barco navegando sobre las aguas azules. Cortó con un cuchillo el turbante y cayó al agua, confiando en que los tripulantes del barco le rescataran.
Gracias a los diamantes a Simbad nunca le faltó nada. Aún así, decidió volver a embarcarse. Pero, ya en alta mar, unos piratas asaltaron su barco y lo apresaron para venderlo como esclavo.
-Pareces un hombre fuerte -dijo un mercader que quería comprarlo. -Dime qué hacer para ver si me puedes servir.
-Manejo muy bien el arco -contestó Simbad.
-Bien, demuéstramelo -dijo el mercader-. Ve a la selva y tráeme marfil de elefante.
Pero a Simbad le daba mucha pena cazar elefantes y siempre fallaba los disparos. Un día vio un elefante muy viejo y lo siguió. Este le llevó hasta el cementerio de los elefantes. Allí había tantos colmillos que, cuando informó a su amo, éste se volvió loco de alegría.
Para agradecer la fortuna que haría gracias a él, el hombre le dejó libre y le regaló un barco para que Simbad siguiese recorriendo los mares y viviendo grandes aventuras.

EL GÉNERO DRAMÁTICO

El género dramático es un género literario creado para ser representado en un teatro, donde se presentan conflictos humanos a través del diálogo y las acciones de los personajes, sin narrador, usando actos, escenas y acotaciones (instrucciones para actores) para desarrollar la trama y generar emociones en el público, abarcando desde tragedias hasta comedias.

 Bellos Cabellos (de Adela Basch)
 Personajes:
Miguel
Laura
 ACTO I
(La escena transcurre en la peluquería. Hay un reloj que marca las once. Entra Laura, mujer de cabellos largos, y la recibe amablemente Miguel, el peluquero.)
Miguel: Adelante, tome asiento aquí, por favor.
Laura: (Se sienta) Gracias. Mire, me gustaría cortarme un poco. Creo que mi pelo está demasiado largo y sin forma, y tengo ganas de cambiar de aspecto. Quisiera un corte nuevo, con algo de original y algo de sugerente.
Miguel: ¿Con algo de mi gerente? Pero, señora, mi gerente es pelado. ¿Qué quiere, que la rape?
Laura: Pero no, quiero un corte novedoso, con una caída así (hace un gesto con las manos), como suave.
Miguel: ¿Cómo mi ave? ¿Con una caída como mi ave? Señora, yo tengo un canario, pero no se anda cayendo, vuela muy bien.
Laura: Mire, yo lo que quiero es un buen corte de pelo. Y que me de un aspecto más juvenil, más seductor, mimoso.
Miguel: ¿Su mozo?
Laura: No, mimoso. Mi-mo-so.
Miguel: Eso, su mozo. Señora, sepa que yo no soy su mozo. En todo caso, soy su peluquero.
Laura: (Suspira hondo.) Quiero un nuevo corte de pelo. ¿Qué me propone?
Miguel: (Pensativo.) Hum, veamos. Eso hay que estudiarlo. (Le pone las manos sobre la cabeza, le toma los cabellos, se los levanta y los deja caer de a poco.) Hum, ¿cortar? No se. Espere un momento.
(Inclina la cabeza sobre la de Laura y apoya una oreja sobre su pelo.)
Laura: ¡Eh! ¿Qué hace?
Miguel: Me estoy concentrando en su cabello, para escuchar lo que necesita. Acá trabajamos así. Son las últimas tendencias internacionales en el cuidado del cabello. Antes se trabajaba de cualquier manera. Pero ahora los peluqueros verdaderamente responsables escuchamos al pelo para saber qué es lo que pide. (Levanta la cabeza.) Y lo que este cabello necesita, señora, no es un
corte, sino una leve intensificación de color.
Laura: ¿Ahora? ¿Le parece?
Miguel: Sí, sí, le va a encantar.
Laura: Bueno, no sé, ¿usted cree…?
Miguel: Se lo aseguro. Señora, relájese y deje su cabeza en mis manos.
(Laura cierra los ojos y Miguel empieza a trabajar.)

 ACTO II
El mismo lugar que la escena anterior, pero el reloj marca las tres. Laura está roncando. Tiene la cabeza cubierta con una toalla. Miguel está al lado, de pie.
Miguel: (Palmea las manos.) Linda siestita, ¿no?
Laura: (Despertando.) ¡Ya son las tres! Tengo que irme.
Miguel: ¡Llegó el gran momento! Mire. (Le retira la toalla de la cabeza.)
Laura: (Se mira en el espejo horrorizada.) ¿Qué es esto?
Miguel: Una hermosa tonalidad amarrojul.
Laura: ¿Amarrojul?
Miguel: Sí, una combinación de amarillo, rojo y azul. El último grito de la moda.
Laura: Aquí la que va a gritar soy yo si usted no me saca este colorinche de la cabeza. ¡Pero qué locura!
Miguel: ¿Qué lo cura? A esto no lo cura nada. No es una enfermedad, es un hermoso colorido.

Laura: Mire, si en cinco minutos su hermoso colorido no se ha ido, usted me las va a pagar.
Miguel: Disculpe, acá la que va a pagar es usted. Me tiene que pagar la tintura.
Laura: ¡Pero qué caradura! Si no me saca estos colores de mamarracho no le pienso pagar.
Miguel: Bueno, en un abrir y cerrar de ojos se lo podría dejar todo rojo.
Laura: ¡De ninguna manera! Y lo que se va a cerrar es esta peluquería si usted no me saca esta barbaridad de la cabeza.
Miguel: Entonces, se lo podría dejar zulmarillo, una deliciosa mezcla de amarillo y azul.
Laura: ¡Ni loca! ¿Qué se cree? ¿Qué soy la bandera de Boca?
Miguel: Bueno, señora, decídase. No puedo estar con usted todo el día. ¿Qué color quiere? ¿Violeta, verde, turquesa?
Laura: ¿Turquesa? ¡Me va a estallar la cabeza! ¡Quiero que me devuelva ahora mismo el color que tenía cuando vine!
Miguel: Eso es imposible. Aquí usamos tinturas de muy buena calidad, son excelentes y muy persistentes.
Laura: ¡Voy a llamar a mi abogado! ¡Esto va a terminar en sumario!
Miguel: ¿En mi Mario? Yo no tengo ningún Mario.
Laura: (Furiosa, se levanta y mientras abre la puerta grita.) ¡Le voy a hacer juicio! ¡Voy a llevar esto a la corte!
Miguel: ¡Qué corte ni qué corte! Ya le dije que su cabello no pedía corte… Y encima, se va sin pagar.
FIN